

DEREK PRINCE
MINISTRIES INTERNATIONAL

Sermón

Cómo Aprendí a Lidiar con Demonios



Sermón
Por Derek Prince

Este será el primero de una serie de mensajes sobre la demonología. A modo de presentación a mi mensaje, quisiera leerles un versículo del profeta Jeremías. Jeremías 6:14. Es posible que la primera vez que lea este versículo no entenderán exactamente cómo se aplica al tema de la demonología, pero primero lo leo y luego intentaré explicar cómo lo relaciono con la demonología. El versículo dice lo siguiente:

> "Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz."

Esta es la acusación de Dios contra los líderes religiosos y sacerdotes de su época; que pretendían ofrecer sanidad a su pueblo, pero no era una sanidad verdadera. La versión Reina Valera dice "Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo." Y luego explican lo que decían, "Paz, paz; y no hay paz." Es decir que, tenían el aspecto religioso, usaban un lenguaje religioso, los servicios se daban en el templo, pero no tenían la experiencia real interna que Dios deseaba que tuvieran. No tenían aquella paz profunda y estable que proviene de la verdadera fe en Dios y la obediencia a su palabra.

Y a lo largo de los años, me he dado cuenta de que verdaderamente esto sucede con una multitud de cristianos profesantes. Ellos no tienen lo que profesan. No es que no sean sinceros, pero se les ha inculcado que tienen que cantar himnos de la paz y la alegría, su iglesia, o su denominación, se les enseña que el cristiano tiene paz y alegría. Algunos de ellos incluso están entrenados para salir y dar testimonio a otros de la paz y alegría que dicen tener, pero en realidad solo muy pocas de sus heridas han sido sanadas. Y allí en lo profundo hay algo escondido y que nunca se ha confrontado.

Solo para darles un ejemplo de esto que digo, estuve en Nueva Zelanda hace un par de años con una familia bautista. La señora de la familia era maestra en la escuela dominical, los domingos tenían estudios para los jóvenes. Había una señora enfermera en esa clase de los domingos que no era creyente pero que asistía porque le interesaba y realmente estaba buscando. Estaban hablando sobre lo que hace el evangelio y cómo le da paz, alegría y victoria a la gente. Un día se puso de pie y dijo algo así: "Bueno, cuando

© 1971 - Derek Prince Ministries, International, Inc.

no tenga que ir a las casas de los miembros de su iglesia a darles sedativos y tranquilizantes en gran escala, creeré en la paz y la alegría de la que tanto me hablan. Pero si siguen dependiendo de tranquilizantes y sedantes, no tienen la paz y alegría de la que tanto hablan." Me parece que es, digamos, una crítica. Al cristiano se le enseña a creer que tiene algo, habla como si tuvieran algo, trata de aparentar que tiene algo, incluso se siente culpable si realmente no lo tiene, tiene igual que dar una imagen. Porque así es como actúan las personas en la iglesia. Si dicen ser cristianos, así es como se supone que deben comportarse. Pero, de alguna manera bien adentro no existe esa realidad interna que corresponda a lo que dicen que tienen.

Yo serví como un médico de guardia ordenado en las Fuerzas Británicas de la Segunda Guerra Mundial y no era demasiado y ni me destacaba mucho que digamos, pero aprendí unas lecciones que se me quedaron muy grabadas. Una fue un incidente en el desierto del norte de África cuando un soldado británico fue traído a la recepción de nuestra base con una herida de metralla en el hombro que sucedió cuando una bomba explotó en alguna parte cerca de él. Se quitó la camisa y la parte superior de su ropa quedando sin ropa hasta la cintura y allí, en el hombro, tenía solo un pequeño pinchazo negro y se notaba porque tenía oscuro alrededor del borde del hueco. Yo, siendo en teoría un asistente de la enfermería de guardia fui al médico, el oficial médico y le dije: "¿Señor, será bueno usar una venda de primeros auxilios en la herida?" Y me dijo: "No, de nada sirve ahora. Tráeme la sonda." La sonda era una vara plateada que él lo insertaba en la herida. Luego, lo hizo sentar al hombre en la silla, y le clavó la sonda y la movió cautelosamente durante un rato. De repente el hombre dio un brinco. Luego el doctor dijo: "Ahora, tráeme los fórceps (pinzas)". Le busqué las pinzas y él las puso en donde se sintió algo con la sonda, la saco, limpio la herida y me dijo: "Ahora sí, puedes traerme el vendaje".

Entonces después él me dijo: "Ve, el pedazo de metralla que causó la herida aún estaba adentro. Si solo lo cubres con un vendaje sin sacar la metralla, seguiría moviéndose y causaría más complicaciones". Siempre lo recuerdo porque vi lo tonto que había sido. Pero desde aquella vez, muchas, muchas veces al aconsejar y tratar con las personas, aquel incidente viene a mi mente y pienso en las veces que un ministro del evangelio responde antes que nada con la venda de primeros auxilios, cubriéndole, pero sin haber removido la verdadera causa del problema.

Así que, como pueden ver en el bosquejo, he indicado que antes de ponernos la venda, tenemos que usar la sonda y los fórceps. Tenemos que descubrir qué es lo que hay adentro, lo que realmente está causando el problema, produciendo la impureza, la irritación, el dolor, y tenemos que quitarlo, aunque a la persona le parezca extremadamente doloroso en el preciso momento en que tocamos con la sonda aquello que causa del problema.

He notado que esto es verdadero en el ministerio espiritual. Gran parte de lo que se le llama predicar y aconsejar es poner una venda en una herida sin antes haber sacado el objeto que causa el problema. El Señor me ha mostrado en estos recientes años que el verdadero agente causante de problemas en las necesidades y dificultades espirituales es un espíritu maligno. Se necesita la sonda de discernimiento y necesitamos las pinzas de liberación antes de ponernos a cubrir la herida y decir que ya fue sanada. Debo decir por experiencia que a lo largo de los años me he cansado de ver tanto de este tipo de encubrimiento de algo que realmente no se ha limpiado, no se ha expuesto y ni se ha atendido. Entiendo bien esta acusación de Dios contra los líderes religiosos de su época, "Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz [poniéndoles la venda]; y no hay paz."

Les digo en esta noche que la mayoría de las congregaciones cristianas se encuentra muy poca paz verdadera. Hay muy pocas personas que tienen una calma y tranquilidad interior profunda. Hay muy poca alegría real, espontánea, desbordante. Hay mucha gente que trata de lucir bien, tratan de mostrarse felices. Hay muchos predicadores y cantantes que tratan de hacer feliz a la gente. No sé a ustedes que les parece, pero no hay nada peor que alguien quiera hacerme sentir feliz o que trate de hacer que me sienta contento cuando no lo estoy. A esto yo le llamo cubrir la herida y curar el dolor levemente. Estoy convencido de que Dios ha llegado a un punto en su trato con su pueblo que ya no va a tolerar más ese tipo de cosa.

La verdadera causa de la mayoría de los problemas espirituales y personales más profundos radica en los espíritus malignos, los demonios. Mas adelante, en un estudio intentaré darles una explicación de la naturaleza y la acción de los demonios o espíritus malignos. Solo para aclarar que, por ahora, voy a seguir usando ambos términos de manera intercambiable. Demonios o espíritus malignos.

Me fijo en las palabras de Pablo en 1 Corintios 9:26, en la versión Reina Valera, que hablan de su propio ministerio. Dice así:

> "Yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como

quien golpea el aire."

Verán, un boxeador sin control o inexperto ataca con los puños, pero solo golpea el aire. Así gasta mucha energía. Incluso puede llegar a pensar que está logrando mucho, pero realmente no le hace daño a su oponente. Y de nuevo, gran parte de las actividades y del ministerio cristiano tratan realmente de dar golpes al aire. Se ataca con palabras, sermones y oraciones. Pero, si no conocen la verdadera naturaleza, el paradero y las tendencias de su enemigo, es por pura coincidencia si logran golpearlo. Y nuevamente, la verdadera causa de los problemas personales grandes y arraigados en la mayoría de los casos son los demonios o espíritus malignos.

Hasta que los detectemos, y nos demos cuenta y reconozcamos su presencia, conociendo cómo operan y conociendo la forma para tratar con ellos, estamos más que nada dando golpes al aire.

Me voy a tomar el tiempo para hablar un poco de mi propia experiencia. El Señor por su gracia me salvó maravillosamente en una medianoche del año 1941 en un cuartel del Ejército británico. Menos de dos semanas después, me bautizó en el Espíritu Santo en el mismo cuartel del ejército y en ese momento, aunque no tenía el lenguaje religioso para expresarlo, me llamó a su servicio. Desde entonces supe que mi vida le pertenecía a Dios, que Él tenía un plan para mí y que lo cumpliría. Inmediatamente comenzó a mostrarme algunas partes de su plan para mi futuro de una u otra manera diferente en las que yo no voy a entrar ahora.

En 1946 fui dado de baja del Ejército británico en lo que en ese entonces era Palestina e inmediatamente me hice en lo que se llama un ministro o misionero a tiempo completo para el pueblo judío en Israel. Poco después me convertí en un pastor. Y luego me hice misionero en África. Pero, desde 1946 hasta el día de hoy, he estado en lo que se conoce como el ministerio cristiano a tiempo completo. Me he asociado con gente del grupo del Evangelio completo o pentecostales de unos cinco países diferentes: Dinamarca, Suecia, Gran Bretaña, Canadá y los Estados Unidos. He predicado en cuatro de los cinco continentes, así que cuento con bastante experiencia.

Desde ese día que supe de la salvación y el bautismo en el Espíritu Santo y la sanidad divina, testifiqué y prediqué sobre todo esto. Digamos que, prediqué el evangelio completo, por si quiere usar esa frase. Sabía sobre el nuevo nacimiento, sabía del bautismo en el Espíritu Santo, sabía de sanar a los enfermos. durante un año fui un paciente internado en un hospital militar más tarde en la guerra y solo salí de allí cuando descubrí que la sanidad divina funciona y que podía confiar en Dios para la sanidad de mi cuerpo, así como confiaba en Él para la salvación de mi alma. También creí que las señales en el mundo indicaban la segunda venida de Cristo y testifiqué y prediqué al respecto.

Realmente creí que estaba predicando el Evangelio completo. Predicaba todo lo que sabía sobre el tema y veía resultados. Veía como se salvaba la gente, veía como se sanaba la gente, vi a muchas personas recibir el bautismo del Espíritu Santo. Completé con mi esposa cinco años de servicio misional en África Oriental, donde se nos hubiese calificado como misioneros exitosos. Teníamos la aprobación de nuestra misión; teníamos la aprobación del Gobierno británico, del Departamento de educación con el que estábamos asociados. Aún tengo sus cartas de testimonios hasta la fecha.

Cuando regresamos a Europa a fines de 1961, y estábamos en el país natal de mi esposa, en Dinamarca, por un tiempo no estaba predicando consistentemente y el Señor comenzó a lidiar conmigo. No voy a entrar a explicarlo esta noche de cómo fue que lidió conmigo y como habla Dios. Sé que hay diferentes maneras en que Dios habla con diferentes personas. Pero permítanme decir que el Señor me habló muy claramente, pero no con una voz audible. En esencia, lo que me dijo fue esto, y lo estoy resumiendo, dijo. "Y bien, has predicado durante tantos años. Has sido misionero en dos países; has sido pastor, el director de una universidad. Eres miembro de una denominación. Tienes pensión." Me siguió listando todo esto de una forma muy práctica. Y por fin me hizo esta pregunta. "¿Estás contento o quieres ir más lejos?" La pregunta realmente me molestó. Mi primera reacción, me avergüenza decirlo, fue: "¿Acaso hay algo más? He predicado el evangelio completo, ¿qué más hay por predicar? "Sabía que había muchas, muchas cosas en la Biblia que no entendía, pero no sentía que fueran verdades urgentes y prácticas que un predicador necesite darlas a conocer con regularidad. Pero luego, como me dijo el Señor: "¿Quieres ir aún más lejos?", Obviamente, le parecía al Señor que había más camino por recorrer. Me avergüenzo un poco de mi reacción.

Bueno, he aprendido con la experiencia a no apresurar una conversación con Dios. Nunca digan algo que no quieran decir porque es responsable ante Dios por sus palabras. Con muchas palabras le dije: "Señor, dame un poco de tiempo y volveré con mi respuesta". Aproximadamente tres días después volví a estar en contacto con el Señor, estaba en lo alto de un acantilado en un lugar encantador, y le dije, "Estoy listo con mi respuesta. No, Señor, no estoy

satisfecho con lo que tengo. Si hay algo más, quiero ir más lejos". Saben, cuándo dije que no estaba satisfecho por primera vez, me di cuenta de lo insatisfecho que realmente estaba.

Y con muchos cristianos, en especial con los predicadores, tiene que llegar el momento en el que se enfrenta al hecho de que los resultados que uno logró no son los que querían alcanzarse. Muchos, muchos predicadores llegan a este punto y luego el diablo les dice: "Todos hacen lo mismo, no hay nada más. Eso es todo y no hay nada más que saber, no hay más que seguir por este rumbo. Es cierto que fue distinto en los tiempos de los apóstoles, pero esa época ya paso." No aceptaba esa forma de pensar teóricamente, pero mi comportamiento al respecto era todo lo contrario a mi pensar, y actuaba como si el tiempo de los apóstoles haya pasado.

Y bien, hice un compromiso sincero con Dios sin la menor idea a lo que me estaba comprometiendo. Pero le dije: "Señor, estoy dispuesto a ir más lejos". Y a partir de ese momento, el trayecto de mi vida comenzó a cambiar bajo la mano de Dios. Terminó totalmente diferente de lo que había anticipado. Dentro de un año, el Señor me trajo a los Estados Unidos sin haberlo planificado ni teniendo yo ninguna intención de venir. Me aceptaron como residente permanente de los Estados Unidos y, últimamente, me hice ciudadano de los Estados Unidos. Eso no estaba en mis planes, pero si en los de Dios.

Comencé a darme cuenta, unos meses después de comprometerme, de que el Señor me estaba haciendo pasar por lo que llamo un curso de posgrado de entrenamiento espiritual. Debo decir que fue riguroso, sin perder tiempo, y muy exacto. Me llevó a la mitad del continente y me regresó para que aprendiera una lección. Había muchas cosas en el Nuevo Testamento que él me mostró y que nunca había entendido o que no lo hubiese podido aplicar antes. Una de esas era sobre este tema de lidiar con espíritus malignos.

Como predicador pentecostal, siempre creí en los espíritus malignos; y estos se mencionan en la Biblia. Me he visto obligado una que otra vez a enfrentar situaciones desagradables en las que no me quedaba más que reconocer que a quien tuve frente a mí era alguien con un espíritu maligno. Igual que muchas otras personas, solía pensar que gritando lo suficiente, algo se conseguía. Y de vez en cuando algo sucedía. Pero eran muy pocas las veces que resultaba, y a su vez desagradables, y me aparté lo antes que pude.

Además, por mi comunión con los pentecostales, asumí, así como la mayoría de los creyentes pentecostales, pero no todos, que una vez que se bautiza uno en el Espíritu Santo no hay posibilidad de tener un espíritu maligno, por lo cual no es posible la necesidad de la liberación de un espíritu maligno. Nunca escuché a nadie predicar un sermón al respecto o mostrarlo en las Escrituras, pero fue una suposición que generalmente se hacía y que yo también lo he adoptado.

Como resultado de esto, viendo hacia atrás en mi ministerio anterior, me di cuenta de que las personas que acudieron a mí cuyas necesidades no pude satisfacer porque me negué a reconocerlas. Me acuerdo de dos casos particulares. Uno era un joven que recibió salvación en una reunión callejera donde yo estaba predicando. Su conversión fue tremenda, se bautizó en el Espíritu Santo, se convirtió en un colaborador muy entusiasta y dedicado al Señor. Es decir, avergonzaba a la mayoría de otros creyentes con su pasión y su dedicación. Pero tenía un problema, y uno muy vergonzoso. Era lujuria, de una manera muy específica. Nunca pudo obtener una victoria permanente. Él venía a lo de mi esposa y a mí y nos decía: "Oren conmigo". Recuerdo que una vez oramos desde las 10 de la noche hasta las 2 de la madrugada y decía: "Siento que se va, ya se va. No dejen de orar. Puedo sentirlo. Va por mis dedos, ya se va". Si hoy oigo a alguien decir algo así, sabría de inmediato qué hacer. Pero en esos tiempos no tenía sentido. Aunque oramos por horas, nunca conseguimos que se liberara ese joven y me lo encontré años después, y sigue con el mismo problema. Un cristiano dedicado, sincero e involucrado, pero había un área en su vida donde nunca obtuvo la victoria permanente. Afectó, por supuesto, gran parte del resto de su testimonio.

Luego, vino otro hombre, un judío, de Alemania. En particular, yo quiero al pueblo judío y en especial me gusta cuando un judío recibe salvación en Cristo. Este hombre encontró a Cristo e hizo una confesión abierta y audaz, lo que no es fácil para un judío. Llegué a conocer un poco de su trasfondo. De toda su familia en Alemania, solo él y un hermano mayor sobrevivieron; el resto de la familia: padre, madre, tíos, primos, tías, y todos sus demás familiares murieron en las cámaras de gas de Hitler. En segundo lugar, él era el segundo hijo y su madre siempre quiso una niña. Cuando le nace el niño, simplemente no pudo aceptar el hecho de que fuese niño hasta los 15 años. Lo vestía y lo trataba como si fuera niña.

Ahora, si conociera a alguien con esos dos hechos en su pasado, sabría inmediatamente qué demonios debo identificar. En aquel momento, no. Fue salvo, fue bautizado en el Espíritu Santo. Le oí hablar en lenguas y yo sé alemán,

y no fue en alemán. Era lenguas celestiales, hermosas y ungidas. Pero, en otras ocasiones, venía a mí y me decía: "¿No puedes echar este demonio de mí?". Me contaba lo que esta cosa le obligaba a hacer. Incluso para castigarse a sí mismo, ponía los dedos en la puerta y cerraba la puerta con fuerza. Aunque no es agradable hablar de ello, se veía obligado a beber su propio orín como una forma de autocastigo. Si hoy conociera a alguien que me dijera algo así, sabría de inmediato la naturaleza de su problema. Me dijo: "Echa fuera este demonio de mí". Le dije: "No puede haber un demonio en ti, estás bautizado en el Espíritu Santo. Te he escuchado hablar en lenguas."

Hay muchos a quienes puedo nombrar. Pero me doy cuenta, debido a mi idea doctrinal preconcebida, particular de ese tiempo, que no pude ver y, por lo tanto, no pude atender las necesidades de estas personas.

Bueno, fue durante este tiempo, de lo que yo llamo maestría en entrenamientos espirituales, que uno de los temas principales con los que Dios lidió conmigo fue el de los espíritus malignos y cómo enfrentarlos, y me puso a enfrentar el hecho cara a cara, totalmente de una manera que no hubiese podido ser desafiado por nadie que esté dispuesto a aceptar, el simple hecho de que muchas personas bautizadas en el Espíritu Santo aun necesitan ser liberadas de los espíritus malignos.

Les voy a contar brevemente uno o dos de los casos principales que me enfrentaron a esto. Solo voy a dar unos ejemplos de los tantos, pero son los que más se me han quedado grabados. En los años 1964, era pastor en una iglesia pentecostal independiente en una ciudad de los Estados Unidos. Un día un pastor bautista me llamó por teléfono, era un sábado por la mañana. Mi idea de un pastor bautista en esos tiempos era algo diferente de lo que son ahora. Este hombre fue bautizado en el Espíritu Santo. Por esa razón ese hombre ya no pudo ser pastor de una iglesia bautista, pero era un pastor de las Iglesias bautistas. Me dijo: "Tengo a una señora que necesita ser liberada de espíritus malignos". Lo cual me pareció bastante inusual el haber escuchado semejante cosa de un pastor bautista para empezar. Luego dijo: "Ella ha sido bautizada en el Espíritu Santo". Eso fue aún más sorprendente. Y luego dijo: "El Señor me ha mostrado que usted y su esposa serán los medios de la liberación y que sucederá hoy". Nunca me habían dicho algo así por teléfono y no permito que otros me dirijan a mí con sus revelaciones. Así que le envié un mensaje rápido a Dios mientras aún estaba en el teléfono: "Señor, ¿viene de ti? ¿Es correcto esto? ¿Debo aceptar lo que me dicen? "Me pareció que el Señor dijo: "Sí, es lo correcto". Le dije: "Está bien, trae a la señora."

Entonces, mi esposa y yo nos preparamos. Mientras tanto, vino un matrimonio presbiteriano que también recibió el bautismo en el Espíritu Santo y solo estaba de visita. Les dije: "Siéntense, quédense y observen lo que pasé". Bueno, el pastor bautista entró con la señora. Yo diría, ella tenía unos 35 años. Poco después supe que ella era estadounidense, madre de tres hijos y ama de casa de clase media con un aspecto totalmente normal. El pastor bautista puso manos a la obra de inmediato. Sentó a la señora en la silla y dijo: "Ella ha sido liberada del demonio de la nicotina, pero quedan otras entidades". Me quedé sentado, imparcial, observando y sin seguirle la corriente, pero, sin rechazar.

Luego hizo algo: para esto quiero dejar bien claro que en lo absoluto no estoy sugiriendo que todo lo que ocurrió sea necesariamente un patrón que seguir. Solo les relato cómo se dio todo. El sentó a la señora en una silla y comenzó a incitar al demonio en ella. Eso es exactamente lo que hizo. Le exigió a Satanás que se manifestara. Después de un rato hubo una reacción definitiva de la señora. Yo estaba sentada allí observándola y su rostro cambió. Era como si empezara a salir otra personalidad. Un resplandor amarillo y sulfuroso apareció en el mero centro de cada ojo. Ahí supe objetivamente que había algo que no era tan solo una señora bautista, buena ama de casa y de clase media.

Este predicador, al igual que muchos, pensaba que, y debo decir que incorrectamente, que a los demonios les impresiona que les griten. No es verdad; lo único que consigue uno es desperdiciar mucha fuerza y energía que podrían utilizarse mejor de otras maneras. Le gritaba a la cosa esa que estaba dentro de la mujer, que no sabía lo que era y, como dije, logró que la entidad se manifestara, pero no pudo seguir adelante. Me quedé pensando que, si él pudo hacerlo, yo también podría. Debo agradecer a Dios que tenía un conocimiento básico de las Escrituras. Me alegro de haberlo tenido de antemano. Todo lo que hice y todo lo que sucedió lo verificaba en referencia a las Escrituras. Sabía teóricamente que, si me dirigía a esa cosa en el nombre de Jesús, tendría que obedecerme. Sabía que, Lucas 10:17, ahí dice. "aun los demonios se nos sujetan en tu nombre."

Así que, me puse frente a la señora y le dije algo así como: "Ahora, espíritu maligno que está en esta mujer, me dirijo a ti y no a la mujer. ¿Cuál es su nombre? En el nombre del Señor Jesucristo, te ordeno que me contestes". La respuesta vino de inmediato. En una sola palabra, y como si fuese que deletreaba: Odio. Los rasgos y la actitud de la mujer destilaban puro y absoluto odio. Nunca había visto tanto odio en los ojos de nadie en toda mi vida.

Y... bueno... ahí estaba parado, logré conseguir el nombre, pero sin saber que hacer luego. Debo mencionar que en lo que sigue, me sentí motivado por un pensamiento. Si el diablo busca algo, yo busco otra cosa. Si él dice una cosa, yo diría lo contrario. Les recuerdo que esto fue en presencia de unos cuatro o cinco testigos confiables, todos los cuales estarían dispuestos a testificar hoy sobre lo que sucedió. Pensé ¿qué hago ahora? Le dije: "Ahora, en el nombre del Señor Jesucristo, espíritu de odio, sal de ella". Una voz insolente, que no se parecía en nada a la voz de la mujer, dijo esto. "Este es mi hogar, aquí he vivido 35 años y de aquí no salgo." Y de nuevo pensé, es cierto. En Mateo 12:29, Jesús dijo que cuando el espíritu inmundo reside en la persona lo llama su casa a ese lugar donde él ha habitado. Le dije: "Vas a salir". Después de eso, se volvió algo así como una lucha psicológica. Para vencerlo tuve que ir paso a paso. Cada paso tomó bastante tiempo.

Lo que les describo, y lo voy a describir brevemente, realmente demoró un total de cinco horas. Le dije: "En el nombre del Señor Jesucristo, sal de ahí". Me dijo: "De aquí no salgo". Le dije: "Sí, vas a salir". Poco a poco me di cuenta de que entre más citaba las Escrituras y usaba el nombre de Jesús, más ventaja ganaba sobre él. Después de un tiempo, comenzó a negociar conmigo y me dijo: "Si salgo, volveré". Lo que sea que dijera, iba a decirle lo contrario. Le dije: "No! Sal fuera, y afuera te quedarás". Lo discutimos por un rato y luego bajó un nivel más bajo diciendo: "Y aunque salga, están mis hermanos aquí adentro y la matarán." No sabía nada acerca de sus hermanos, pero iba a discutir con todos, así que dije: "Saldrás tu primero y tus hermanos saldrán después de ti". Entendí lo que quiso decir, que habían más de uno.

Bueno, lo discutimos y luego dijo: "Aunque salgamos todos de la mujer, tenemos a su hija a quien mataremos". No sabía yo que la mujer tenía una hija en ese momento, pero dije: "No, salen todos de la mujer y luego saldrán de su hija". Después de esta discusión, cambió de táctica y, sin advertencia, los brazos de la mujer se levantaron, se cruzaron sobre su garganta y comenzó a estrangularse con sus propias manos. No era un juego, su cara se tornaba color púrpura y sus ojos empezaban a hincharse hacia afuera. Entonces, el hombre presbiteriano, que era más alto y más pesado que yo, y yo nos levantamos y uniendo fuerzas juntos, apenas pudimos alejarle las manos de la garganta a la mujer. Su fuerza era totalmente sobrenatural.

Después, volví a lo mismo con la entidad, y en todo momento, sentía una tremenda presión interna, como un globo inflado, que pegaba contra el espíritu en la mujer. En un momento dado, algo sucedió, se escuchó algo así como un silbido de la boca de la mujer. Su cabeza cayó hacia adelante sin fuerzas, su cuerpo se relajó y esa sensación en mí se relajó. Sabía que se había ido. Al rato, la mujer se volvió a poner tensa y me di cuenta de que quedaban lo que el demonio había llamado 'sus hermanos'. Entonces, pasamos por lo mismo, como dije durante unas cinco horas, y fue muy agotador. Cuando uno de nosotros se cansaba, el otro se ponía al frente y más o menos usaba los mismos métodos. Creo que, en el transcurso del día, digamos que todos los adultos presentes tomaron un turno para lidiar con estos espíritus malignos.

El primero en nombrarse a sí mismo fue odio. El siguiente, si recuerdo bien, fue el miedo. Luego fueron orgullo, envidia y autocompasión. Eso fue una revelación para mí. La autocompasión es un demonio. Oh, cuántas cosas comencé a entender de mi propia experiencia y la de otras personas al comprender tal cosa.

Para entonces, la mujer se estaba agotando y habíamos pasado unas cuatro horas. Cuando lidiamos con autocompasión, le exigí al siguiente que se nombrara. Dijo infidelidad. En ese momento no lo entendía, por lo cual lo dejé pendiente. Ahora sé que hay demonios que llevan a las mujeres a la inmoralidad sexual. No estaba muy seguro de cómo interpretar ese término. Déjenme decir que un demonio como la infidelidad no necesariamente entra porque una mujer le ha sido infiel a su esposo; entra para hacerla infiel a su marido. O el marido a la esposa.

Aun no habíamos terminado, pero hice que el siguiente espíritu se identificara y se llamaba muerte. Me pregunté si concordaba con las Escrituras. Al instante me vino a la mente Apocalipsis 6, el caballo cuyo jinete se llamaba muerte. Me di cuenta de que la muerte no es solo una condición, es una personalidad.

Ahora, no recomiendo que hablen con demonios en forma de conversación, pero sí es bíblico hacerles preguntas y obligarlos a responder. Y como dije antes, no estoy diciendo que todo lo que hice sea un patrón que seguir. Le dije a este espíritu de muerte: "¿Cuándo te metiste en esta mujer?". Dijo: "Hace unos tres años y medio, cuando casi murió en la cama de cirugías". Después, consulté con la mujer, y era cierto. Le hicieron cirugía mayor y casi muere allí mismo en la cama. He aprendido desde entonces que, si una persona tiene una enfermedad grave o una operación importante, el espíritu de muerte se mete muchas veces en ese momento. Una persona que recibe el espíritu de muerte bien puede morir sin las causas físicas necesarias que la lleven a la muerte. He confirmado esto desde entonces con médicos que han tenido experiencia en este campo.

Bueno, fuimos contra este espíritu de muerte y por fin salió. Cuando salió, su rostro se puso como máscara de la muerte, no se le veía ni un solo hilo de color en la cara. Parecía de cera, fría y cuando el espíritu salió, se tiró de espaldas en el suelo. Cualquiera que entrase en la habitación habría dicho al instante que había una mujer muerta en el suelo. Recordé entonces lo que decían del muchacho cuando Jesús le expulsó el espíritu epiléptico, dijeron que el quedó como muerto. Jesús dijo que no estaba muerto, lo tomó de la mano, le enderezó y lo levantó.

La mujer quedó acostada, agotada durante unos diez minutos y luego comenzó a alabar al Señor y a hablar en lenguas. Ya había estado hablando en lenguas desde antes, por lo cual la detuve porque Dios me mostró que cuando hablaba en lenguas los espíritus malignos no podían salir, no podían pasar esa barrera. Esta no es una doctrina pentecostal ortodoxa, pero resulta que es verdad. Eso fue todo. Cinco horas y sentimos que ganamos la batalla.

Si esto hubiera sucedido hoy, sabría de inmediato que tal mujer necesitaría un seguimiento y más instrucciones sobre cómo protegerse porque es seguro que Satanás no la dejaría en paz. Sin embargo, no lo sabíamos. Por ahí de la mitad de la semana siguiente, nos llamó por teléfono a mi esposa y mi diciendo: “Creo que algunos de ellos están tratando de volver. ¿Podrían venir a verme?” Fuimos a su casa y empezamos a hablar con ella y estaba también su hija más pequeña, que tenía 6 años. Una niña delgada, no se veía feliz, seria y tímida que nunca miraba a nadie directamente a los ojos. No importaba cómo se la mirase, ella no miraba a uno a los ojos. La calificaron en la escuela como una niña retardada. Después de un rato, le dije a la señora: “Sabes, el diablo no siempre dice la verdad, pero cuando dijo que tenían a tu hija, me parece que estaba diciendo la verdad”. “¿Puedes orar por mi hija?” Le dije claro que sí. Hizo una cita con nosotros y exactamente una semana después, el sábado siguiente vinieron con esta niña de 6 años.

Casi éramos los mismos que estábamos presentes, el hermano presbiteriano y su esposa. Creo que el ministro bautista no estuvo allí la segunda vez. Durante aproximadamente tres o tres horas y media pasamos por el mismo proceso con la niña de 6 años, así como lo hicimos con la madre. Los espíritus malignos tomaron control, se manifestaban en su rostro, tomaron control de sus gestos y hablaron con su voz usando la boca de la niña. Me volví hacia la madre y le dije: “¿Es esa la voz de tu hija que estás escuchando?” Ella dijo: “No se parece en nada a su voz”. Varios de los mismos espíritus que habían estado en la madre estaban en la hija. Odio fue uno. No los recuerdo a todos, pero el último, una vez más, fue muerte. Cuando salió el espíritu de muerte, la pequeña niña, como la madre, se tendió en el suelo como un cadáver.

No he tenido oportunidad de darle un seguimiento completo, pero dos años después, la niña iba bien en la escuela y ya no se le calificaba como retrasada. Es solo una prueba positiva del cambio que se dio.

Esta experiencia realmente me abrió los ojos de una vez por todas. Vi la realidad de los espíritus malignos; Vi que eran exactamente como se les representaba en el Nuevo Testamento, que actuaban de la misma manera y que la forma en que se lidiaba con ellos en el Nuevo Testamento es la única manera realmente efectiva. Luego estuve predicando a mi congregación, quienes eran verdaderamente buenos pentecostales. Muy buenos Pentecostales. Empecé a mirar a mi congregación con una nueva perspectiva. Veía cosas y fuerzas obrando en ellos que nunca entendía. Pensé que también necesitaban la liberación. Comencé a predicar de forma indirecta sobre la liberación. Les digo que una predica de forma indirecta no es buena. Cuando prediquen nunca hagan indirectas porque la gente equivocada siempre las recibe. Les da la indirecta de que no tiene que ser tan ruidoso y el que es ruidoso no escucha, y la que es tímida y retraída que nunca abriría la boca se queda muda para siempre. Ven, si tienen algo que decirle a un individuo, díganselo al individuo y no al grupo.

Bueno, cuando empecé a hablar sobre la liberación a los pentecostales, se sentaron con una sonrisa indulgente en el rostro y pensaron que al pastor se le había zafado una tuerca. Ya se le pasará. Quien sabe que le pasó. Pero un domingo por la mañana, durante el servicio de adoración, había elegido el texto de Isaías 59:19: “porque vendrá el enemigo como río, más el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él.” En ese momento no sabía, pero se estaba grabando una cinta del mensaje que se conservó y hasta la fecha la tengo para corroborar todo lo que les digo. No escuché la cinta hasta unos seis meses después y me interesó escucharme a mí mismo porque, después de unos 15 minutos de predicar, el Espíritu Santo comenzó a usarme de manera inusual y comencé a decir cosas que no había planeado decir. Incluso cambió mi voz. Digo, me escuchaba a mí mismo con interés. Mi tono fue más fuerte de lo normal. El tema era que no importa lo que haga el diablo, Dios siempre tiene la última palabra. Dios empezó a darme ejemplos en la mente. Dije: “Egipto tenía sus magos, Dios tenía a Moisés. Baal tenía sus profetas, Dios tenía a Elías.”

Luego se me ocurrió que cuando Dios quería mostrarle a Abraham cómo sería su descendencia, lo sacó en la noche oscura y le mostró las estrellas del cielo y le dijo: "Así será tu descendencia." Les dije: "Somos la descendencia de Abraham por la fe en Jesucristo y somos como las estrellas. Mientras que haya luz alrededor de uno, no se ven las estrellas. Pero cuando todas las luces de alrededor se apagan, las estrellas brillan mucho más que antes. Así es como va a ser al final de esta era. Cuando todas las demás luces se hayan apagado, la descendencia de Abraham por medio de la fe en Cristo brillará como las estrellas."

Es interesante ver que hay mensajes que no le gustan al diablo. Y les diré que ese es el primero en su lista. Justo al llegar al punto culminante, sucedió lo más inesperado. Sentada en el primer banco a mi izquierda estaba una señora que venía todos los domingos por la mañana específicamente para tocar el piano. Ella era la hija de un pastor pentecostal; estaba casada con un estudiante bíblico pentecostal. Su cuñado era un ministro. Ella se crío en un ambiente Pentecostal, conocía la salvación y el bautismo en el Espíritu Santo desde sus primeros años. Fue como una prueba. Cuando llegué a este punto en mi mensaje, soltó un grito prolongado y escalofriante. Lo sucedido quedó grabado en la cinta, así que no tengo por qué exagerar. Alzó los brazos al aire y se desplomó en el suelo de una forma muy poco femenina. Y yo, que acabo de predicar que sin importar lo que haga el diablo, Dios tiene la última palabra.

Así que, o se los demostraba o dejaba de predicar. Ese fue mi dilema. Me decidí por demostrarlo. Ni por un momento sentí las ganas de dar marcha atrás. Pensé que necesitaría un poco de ayuda, así que miré a la congregación y vi a mi esposa, sabía que podía contar con ella. Pensé que tal vez se necesitaban uno o dos más y miré a los buenos miembros de la iglesia pentecostal. Honestamente, ninguno se veía capaz de asustar a un demonio. La pareja presbiteriana que había estado con nosotros en las dos batallas anteriores estaba allí, y sabía yo que sabían de qué se trataba. Dije: "¿Pueden venir a ayudarnos el hermano y la hermana tal?" Los cuatro nos reunimos alrededor de la mujer que aún se retorcía y gemía en el piso.

La hermana presbiteriana, siempre la recordaré, cuando se trataba de demonios, era como un gato detrás del ratón. No esperaba nada ni a nadie. Dando saltos arriba y abajo le dijo: "Tu, espíritu que está en esta mujer, ¿cómo te llamas?" De la garganta de la mujer salió una voz áspera, aguda y masculina que decía: "Mi nombre es ..." Pero no decía más. Bueno, siempre necesito que alguien me impulse, así que pensé que, si la señora presbiteriana podía, pues yo también. Me puse frente al espíritu y le dije, "Ahora, en el nombre de Jesucristo me dirijo a ti y no a la mujer. ¿Cuál es tu nombre?" Y dijo, "Mi nombre es..." pero no dijo más que eso. Le dije, "Estas obligado a responder, eres sujeto a mí." Después de un rato de esta lucha psicológica, de repente dijo: "Mi nombre es mentira". Lo dijo tan fuerte que todos en la iglesia dieron un salto con un golpe. Seguro se pudo escuchar fuera de la iglesia. Y concordaba con las escrituras, 1 Reyes 22, "seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas." Le dije, "Tu, espíritu mentiroso, sal de esta mujer en el nombre de Jesús." Luego pasaron 10 minutos de la lucha más intensa en mi vida que pueda recordar. Fue una total batalla espiritual, mental, y física. Esta cosa nos desafiaba, se negaba a salir, pero sabía que tenía que hacerlo. Después de unos 10 minutos, salió de esta mujer con un rugido fuerte y prolongado, como tren expreso que iba. Al salir, la lengua de la mujer le salía de la boca de color azul y se retorcía como una serpiente. Cuando el espíritu se fue, el rugido se apagó y la mujer cayó al suelo como un saco vacío. Conocía el Espíritu de Dios, pero también entendía que faltaba más. Dios fue muy bueno al darme unas pruebas privadas antes de haberme lanzado en público. De lo contrario, habría hecho el ridículo y hubiera dicho: "Alabado sea el Señor, la hermana ha sido liberada". Se le libero de él, pero supe al instante por lo que sentía dentro de mí que aún quedaban más.

Sin embargo, me pareció que era suficiente para el servicio de la mañana, así que le dije al tesorero de la iglesia que justo estaba alrededor mío: "Bien, puedes llevar a la hermana a la oficina, y yo continuaré con el sermón". El tesorero y el hermano presbiteriano llevaron a la señora a la oficina y yo regresé al púlpito. Ahora les predicaba a personas que se quedaron con sus ojos bien agrandados y sus bocas abiertas y nunca más tuve que discutir con esa congregación sobre los demonios. No había ninguna clase de argumento que haya quedado.

Mi esposa entró con la señora y al poco rato se oían ruidos como golpes que salían de la oficina y mi esposa asomó la cabeza por la esquina de la puerta y dijo: "Será mejor que vengas aquí rápido". Sabía que a mi esposa difícilmente le entraba el pánico, así que me di cuenta de que allí ocurría algo que requería mi presencia. Le dije a la gente: "Creo que aquí concluye el sermón, si quieren, pueden quedarse aquí y orar o pueden irse a casa". Me bajé de la plataforma para ir a la oficina y la madre de la señora que había hecho ese extraño desplante, una mujer santa, muy piadosa, se me acercó y me dijo: "Señor Prince, ¿es esa nuestra hija?" Y saben, no sabía cómo contestar a su pregunta. Claro que lo era. Había sido la única persona sentada en la banca. El rostro entero y el comportamiento de la mujer habían

cambiado por completo y no me atrevía a decirle que sí. Le dije: “Creo que debe haber sido, pues quien más puede ser”. “¿Puedo ir con usted a la oficina?” “Por supuesto.”

Ella y su esposo, el padre de la mujer, entraron. El esposo de la mujer entró. Cuando entramos a la oficina, no era como debería ser en la oficina de un pastor. El tesorero de la iglesia y el hermano presbiteriano sostenían a la mujer uno en cada brazo. Cada vez que se le zafaba una mano, empezaba a arrancarse la ropa. Si no podía quitarse la ropa, le arrancaba la ropa a los demás. Al ver esto, pensé que así es como un predicador pentecostal se mete en problemas. Le dije a la familia, al esposo, al padre y a la madre: les dije: “Si piensan que es mejor llevarla con un psiquiatra, por mí no hay ningún problema. No haré nada más a menos que todos me aseguren que quieren que yo me haga cargo”. Todos dijeron al instante: “Queremos que tú te hagas cargo”. “En ese caso, pienso que todos, menos mi esposa, los miembros de la familia y yo deberíamos salir de la oficina.”

La madre de la mujer comenzó a decirme que había buscado hacer una cita por algún tiempo para conseguir asesoramiento para la mujer y su esposo porque su matrimonio había comenzado a irse por mal camino. No quiero entrar en detalles, pero la señora era enfermera y explicaba las cosas con bastante precisión. Se estaba generando un tipo de perversión rara entre la mujer y su marido, que era totalmente opuesto a la situación que uno se imaginaria de una pareja pentecostal. Luego empecé a pensar que sería bueno que orara peor no podría. Luego se supo que esta joven estaba enamorada de su cuñado, el hermano de su marido. Se intercambiaban cartas que o tenían un significado perfectamente bueno o un significado todo lo contrario. Ella tenía en ese momento una de esas cartas dirigidas al hermano de su esposo en su bolso. Dije de inmediato: “Esto es pecado y si no renuncia a él como pecado, no oraré por usted porque no puedo orar por usted si pretende seguir con esta relación”. “Si va a renunciar a él, lo hará dándome esa carta en su bolso para que la rompa delante de ti”. Nos tomó 10 minutos convencer a la mujer de que tenía que hacerlo. Ella me entregó la carta, se la rompí y la tiré en el tacho de la basura.

Entonces pensé realmente, si ella es una mujer sería mejor que mi esposa orara con ella. Pero de alguna manera Dios me mostró con claridad, “Este es tu trabajo.” Puse mi mano sobre la mujer y tan pronto como la toqué, se desplomó al suelo en posición sentada. Luego, de nuevo, de una manera que no puedo explicar, el Señor me mostró que solo había una posición de su cuerpo en la que esta mujer podía recibir liberación y esa era con su cuerpo inclinado hacia adelante y su cabeza entre sus rodillas. Puse mi mano en la parte baja de su espalda y presioné su cuerpo hacia adelante. Algo así, diría, como estar en la sala de partos de una maternidad. Esto sonará extraordinario para algunas personas, pero comencé a ordenar al espíritu maligno que saliera y salieron uno tras otro, nombrándose a sí mismos. Algunos de ellos tenían nombres muy impuros y sexuales. Esto es lo curioso. A medida que salían de su cuerpo, cada uno se registraba contra la palma de mi mano. No sé si alguna vez has visto a personas dejar boletos de avión y hay un pequeño beep cada vez que un boleto entra y los cuentan en la puerta. Era exactamente así. Era como un registro electrónico en mi mano cada vez que un espíritu pasaba.

No tengo teorías sobre esto, pero me quedó muy claro. Esto comenzó alrededor del mediodía y a eso de las 2 de la tarde, al menos a mi parecer, salió el último espíritu. Y para ese entonces, la mujer ya estaba bien agotada. Parecía del todo como un trapo. Simplemente se desplomó en el suelo y se quedó allí tirada durante unos 10 minutos, luego levantó los brazos y comenzó a alabar al Señor por su liberación.

Hasta donde yo sé, la señora fue liberada, según los límites de mi comprensión. Les diré una cosa típica y triste. Ella nunca regresó a la congregación. Se sentía demasiado avergonzada como para volver. Para mí, se puede tomar como una crítica a la iglesia. Somos tan dignos que cuando las personas realmente se meten en problemas no pueden acudir a nosotros. Estoy convencido de que es un hecho que se repite una y otra vez en las iglesias; Como si fuera un club de clase media. Eso es lo que parece ser. Y la gente que realmente necesita ayuda ni en sueños pensarían en ir a un lugar así para buscar ayuda.

Y de ahí nunca tuve que convencer a mi congregación de que un cristiano bautizado en el espíritu puede tener espíritus malignos. Desde entonces, mi esposa y yo nos lanzamos en una nueva fase del ministerio. No la elegimos, fue como una explosión, fue como una avalancha. La gente venía de todas partes. La mayoría de ellos no vinieron a la iglesia, vinieron a la casa. ¿Cómo sabían que allí vivíamos?, y quien sabe. Pero semana tras semana nunca nos dormimos antes de las 2 o 3 de la madrugada, teníamos personas en nuestro hogar en consejería y que oraban con nosotros.

Y como resultado de esto, mi propia fuerza física comenzó a caerse y recibí una lección muy seria de que, si uno no cuida su fuerza y condición espiritual, no estará en condiciones para liberar a nadie; Yo también necesitaría liberación. Además, me di cuenta de que no era realmente

una forma práctica de manejar la situación. Pronto descubrí que la base para que una persona sea liberada es la instrucción adecuada de la Palabra de Dios. Darle a una persona la instrucción que necesitaba demoraba diría yo alrededor de una hora. Orar con ellos tomaba, digamos, otros 30 minutos. Es decir que, cada persona demoraba una hora y media. Y si reciben a 30 personas por semana, son 45 horas de trabajo, lo que según los estándares modernos es una semana de trabajo. Además, era bastante desgastante físicamente para las personas que lo hacían.

Así que, no sabía muy bien qué hacer, pero el Señor poco a poco me mostró que no era algo necesario. De hecho, no puedo realmente recordar con exactitud cómo me involucré, pero me encontré predicando sobre la liberación, llamando a las personas al frente e instruyéndolas sobre cómo recibir la liberación para luego verlas cumplir sin tener que orientarlas de forma individual.

Recuerdo muy bien que una de las primeras situaciones en las que realmente sucedió fue en la Convención Internacional de la Comunidad de Hombres de Negocios del Evangelio Completo en Chicago en 1965 en el Hotel Conrad Hilton. Estuve haciendo la enseñanza bíblica de la tarde cada día durante cinco días. Un día hablé sobre la liberación. Había alrededor de 600 personas en la clase bíblica y al final hice un llamado para aquellos que sentían que podían necesitar liberación. Inmediatamente, al menos 200 personas levantaron la mano. Los llamé al frente y encontré a 200 personas de pie frente a mí que necesitaban liberación. Pensé, ¿qué hago ahora? Fue realmente en ese momento que vi que si les daba la instrucción correcta y oraba una oración general, podrían obtener su propia liberación. Muchos lo hicieron. Aún puedo encontrar personas en los Estados Unidos que dicen: “Fui liberado en ese servicio en el Hotel Conrad Hilton en 1965.”

Pero, debo admitir que fue una escena caótica. Hubo un par de epilépticos que cayeron al piso y tosieron, y hubo mujeres que gritaban y otras mujeres que se salieron corriendo del pánico y se fueron a sus cuartos del hotel y decidieron que no volverían a bajar mientras yo predicara. Así que, estoy de acuerdo con mis críticos, que ha habido algunos, en que no fue el tipo de servicio común. En verdad, supongo que el Hotel Conrad Hilton no es el lugar adecuado para ese tipo de cosas.

Tuvimos otro caso de liberación en esas reuniones la última tarde cuando no prediqué sobre la liberación. Esta vez vino una mujer joven. Y de nuevo, fue un asunto de cinco horas. No conté, pero una señora que estaba presente contó y anotó los nombres de 72 espíritus diferentes que se identificaron a sí mismos y salieron de la mujer. Hoy conocemos a esta señora, es amiga nuestra, vive para servir a Dios. Esto no fue solo un destello emocional del momento, no era la clase de persona que es ignorante que no sabe expresarse ni era fácil de ser engañada sobre lo que estaba sucediendo. Algunos de estos espíritus que salieron de ella fue fantástico. Por ejemplo, había uno que era el espíritu de los fetiches que entendía el suajili que yo hablaba del este de África. Esta mujer nunca había estado cerca del este de África y no entendía ni una palabra de suajili. Este espíritu sabía todo lo que uno quisiera saber sobre África Oriental. Nombraba políticos, respondía preguntas, etc. De diferentes maneras tengo prueba objetiva de la validez de esta cosa.

Entonces comencé a pensar si es correcto hacerlo en público. A algunas personas les incomoda, algunas no lo consideran apropiado para un servicio religioso, y así sucesivamente. Comencé a estudiar el ministerio de Jesús y me quedó muy claro que Jesús hacía esto regularmente en la sinagoga. Enseñaba y luego expulsaba demonios en todas las sinagogas de Galilea. No eran silenciosos, gritaban y arrojaban a las personas al suelo. Espumaban por la boca, lo identificaban como el Hijo de Dios, y así sucesivamente. No se hacía de esa manera decorosa y adecuada que a algunas personas les gusta asociar con una sinagoga o una iglesia; había mucha acción. Me dije a mí mismo—y aún lo digo hoy—"Si fue lo suficientemente bueno para Jesús, es lo suficientemente bueno para mí." En lo que a mí respecta, no tengo ambición de mejorar los métodos del Señor. Si puedo alcanzar eso, esa será mi ambición satisfecha en ese aspecto.

Solo puedo alabar a Dios, pero en los años que pasaron desde entonces y hasta ahora, sin exagerar, he visto a miles de personas liberadas de espíritus malignos y tengo testimonios por escrito de quienes serían más de cientos de personas, médicos, abogados, maestros, licenciados, que no son gente ignorante, emocional e inestables que no saben de qué hablan, y sin que yo se los pidiera, a quienes les importó lo suficiente como para escribir y contar lo que significó la liberación y expresar su gratitud a Dios y también a mí por recibir la liberación. Les diré esto. De todo el tormento que las personas soportan hoy, no se compara al tormento mental y espiritual que un demonio inflige en alguien. Si quieren darse una idea de cómo es, vayan a un manicomio. De hecho, me conmueve pensar lo que es estar dentro de las puertas de uno de esos lugares. He ido a esos lugares, y ahí ministraba, pero es muy, muy difícil ministrar mientras que alguien está recibiendo atención psiquiátrica o médica. No se puede discutir con un psiquiatra.

Tuvimos a una mujer en la reunión aquí esta noche, tuvimos la cena de potluck. La última vez que la vi estaba en una institución mental en Carolina del Norte y su esposo me llevó a verla y dijo que aparentemente era un caso sin esperanza. No recuerdo lo que dije, pero le hablé de la raíz de su problema y ella vino aquí esa noche de sábado hace unas cuatro semanas y dijo: "Quiero agradecerte por decirme la verdad. Tú fuiste quien me ayudó. Por eso estoy fuera, porque me dijiste la verdad sobre mí misma y cuando enfrenté la verdad, salí." Ha estado fuera durante dos o tres años ya.

Así que, aquí están los datos.

Ahora, me gustaría volver a las escrituras solo para cerrar este mensaje y quiero alinearlo con el libro de Joel que, como he dicho en otros estudios, creo que es un esbozo de esta visita del Espíritu Santo en los últimos días. He mencionado en estudios anteriores que el tema de Joel es desolación, restauración y juicio. La desolación es la desolación de toda la herencia del pueblo de Dios. Un día, mientras meditaba sobre este ministerio y lo que me había traído, Dios me hizo esta pregunta. Dijo: "Has predicado sobre la desolación de la herencia de mi pueblo muchas veces. ¿Alguna vez te detuviste a pensar qué causó esa desolación?" Yo respondí: "No, Señor, pero lo sé ahora. Fue un ejército invasor de insectos." Y el Señor me dijo: "Mi pueblo ha sido invadido sistemáticamente por las fuerzas del enemigo y estos son demonios." No es un accidente, es parte de la estrategia de Satanás. Uno de los grandes resultados del actual movimiento del Espíritu Santo en la iglesia es expulsar la quinta columna de Satanás dentro de la iglesia. La iglesia nunca podrá funcionar como Dios la diseñó para funcionar mientras tenga una quinta columna dentro de ella.

Lo que es verdad de la iglesia colectivamente es verdad del creyente de manera individual. No podrán ser la clase de creyente que Dios quisiera que fuesen si adentro de ustedes hay algo que les quite la paz, que lucha contra lo que es verdadero y bueno, y que los perturba y derriba interiormente. Podrán tener una victoria exterior; podrán ser capaces de llevar una vida cristiana decente. Podrán ser capaces de reprimir eso, pero recuerden una cosa. La solución de Dios no es reprimir. sino liberarlo. Hay muchos cristianos que reprimen algo que no debería estar allí. Hacen un buen trabajo al reprimirlo, pero no es la solución de Dios.

Ahora veamos que sucede aquí en Joel 1:4.

> Lo que quedó de la oruga comió el saltón, y lo que quedó del saltón comió el revoltón; y la langosta comió lo que del revoltón había quedado.

Se refiere al ejército invasor y el resultado de la invasión se resume al final del versículo 12:

> . . . se extinguió el gozo de los hijos de los hombres.

Eso hacen los demonios. Un cristiano no puede tener una paz y una alegría interna duradera y profundamente arraigadas mientras el enemigo este allí como un insecto mordisqueando el fruto del Espíritu.

La restitución se describe en Joel 2:25.

> Y os restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta, mi gran ejército que envié contra vosotros.

Es la promesa de la restitución. Este se relaciona directamente con la promesa del derramamiento del Espíritu Santo al final de esta era y noten lo que dice de este derramamiento del Espíritu Santo. El apogeo de lo que se logra en el derramamiento del Espíritu Santo en Joel 2:32:

> Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo.

Dios me ha mostrado que parte de mi ministerio no es orar por cada persona individualmente, sino instruir a las personas sobre cómo cumplir con las condiciones de Dios para que puedan clamar al nombre del Señor y recibir la liberación directamente de Dios. Esto está en línea directa con las escrituras. "Cualquiera que invocare el nombre del Señor, será salvo."

Para concluir les voy a dar cuatro resultados en mi vida personal y en la experiencia que he delineado desde que empecé con este ministerio. En primer lugar, he demostrado de nuevo la exactitud y confiabilidad de las Escrituras. Los demonios son tal cual como se les describe. Se comportan de la misma manera y hay que lidiar con ellos de la misma manera y funciona. No es una superstición medieval, no es ignorancia. No se trata de una ficción del Señor para relatar sabiduría a un pueblo con el nivel de entendimiento que había en esa época. La realidad

es exactamente así y es exactamente lo mismo hoy como en los tiempos del Nuevo Testamento. Es un hecho.

Segundo, Dios me mostró muchas veces de una manera totalmente nueva, que al ayudar a los demás, también hay una necesidad de mantener vigilancia personal y santidad. Muchas veces me doy cuenta de cómo las personas que se entregan a la ira, la amargura, el resentimiento, la autocompasión dejan abierto el camino para dar lugar a los espíritus malignos. Dios me mostró cómo debía de cuidar mi propia vida y se los diré. Puede que no sea la clase de cristiano que debería ser, pero hoy estoy mucho más cerca del Señor que cuando inicie en este ministerio. He llenado muchas, muchas grietas en mi armadura.

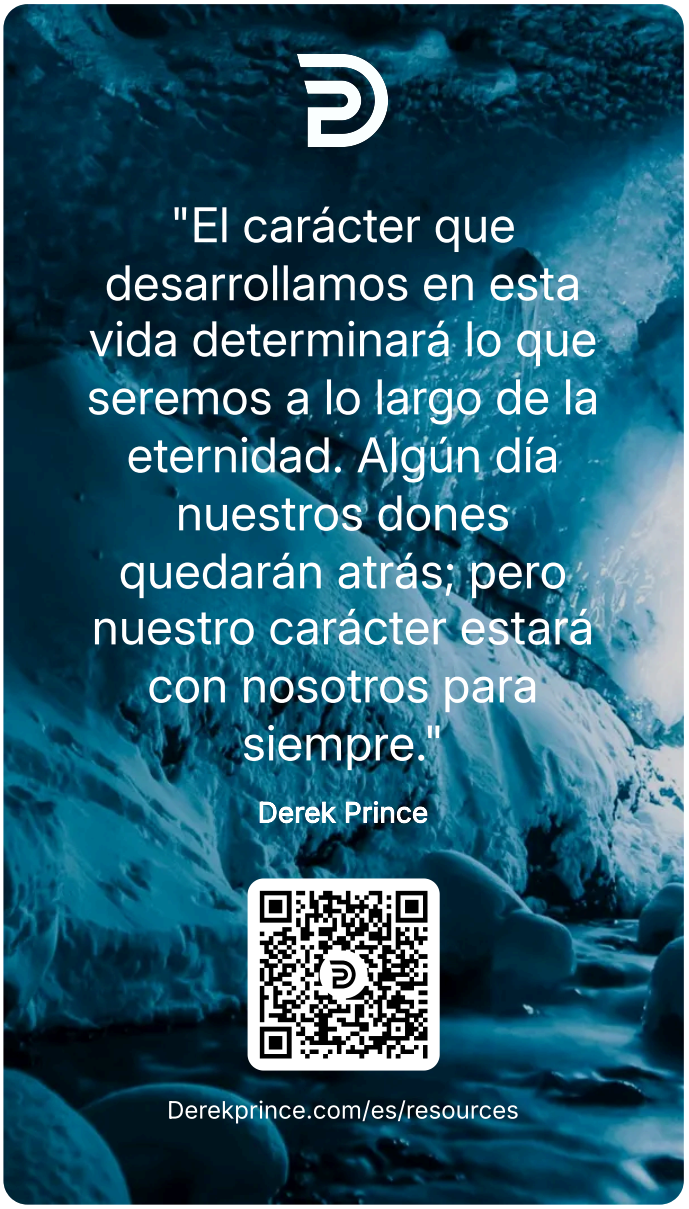
En tercer lugar, he entendido de una manera nueva el significado de la cruz. En el mundo espiritual las denominaciones religiosas no llegan a nada. Todo lo que importa en el reino espiritual es lo que Cristo hizo en la cruz. Su sangre derramada, su muerte, su resurrección y lo que eso significa para el creyente.

Y, en cuarto lugar, tengo que alabar a Dios y darle la gloria por haber podido ayudar literalmente a miles de personas y que no hubiese podido hacerlo si Dios no me mostrara estas verdades que he estado compartiendo con ustedes.

© 1971 - Derek Prince Ministries, International, Inc.

Sermón

Transcripción: MA-6001-100-SPA
Última actualización: 11 May 2026
Sitio web: Derekprince.com/es/resources



© 1971 - Derek Prince Ministries, International, Inc.